

ANTI HUMANISMO DEL HUMANISMO ATEO

Existe un humanismo que se llama a sí mismo *ateo*, precisamente por ser humanismo. En otros términos: admitir un Dios trascendente, al que hay que adorar y a quien debemos someternos como a lo absoluto (el Dios de la religión), es negar al hombre. El teísmo es la antítesis del humanismo: en el momento religioso el hombre renuncia a sí mismo, se *enajena*, lo da todo a Dios (teocentrismo); por el contrario, en la plena conciencia del momento humanístico, se aleja de la *enajenación* y reconoce en sí mismo sus poderes autónomos. Esta es la tesis general del llamado humanismo ateo.

Si bien sus formas son varias, todas tienen en común algunos presupuestos: a) la religión es un *grado inferior* de la evolución y del progreso del hombre (y de la sociedad) correspondiente a aquellas «situaciones estáticas» en las cuales el hombre no tiene todavía plena conciencia de sí mismo y de sus poderes y, por ello, atribuye a Dios cuanto, por el contrario, pertenece al hombre y reconoce pertenecerle en una fase ulterior y más avanzada de su evolución; b) por consiguiente, el momento religioso es un *grado transitorio* del progreso humano: cuando un hombre (una sociedad, toda la humanidad) adquiere, en el punto máximo de la evolución, plena conciencia de sí, la religión y aún la idea de Dios, desaparecen (excepto, quizás, como mito antiguo despojado de toda fascinación), Dios queda borrado de todas las mentes; c) por consiguiente, en la misma medida en que el hombre se *enajena en un Dios*, podemos tener la certeza de que no ha alcanzado la plena madurez y de que todavía conserva residuos de infantilismo.

El humanismo ateo se presenta bajo varias formas: la de la llamada «religión científica» de Comte, la moral (individualista) de Nietzsche, la «social-económica» de Feuerbach y de Marx, etc. Esta última es la forma hoy actual y difundida; y a ella limitaremos nuestra breve meditación.

Para Feuerbach el hombre es un *cuerpo consciente*; y, como cuerpo, es un conjunto de necesidades que desea satisfacer. Cuidado con ello. Feuerbach no dice que el hombre sea cuerpo y conciencia, esto es, cuerpo y alma o espíritu, sino que hace de la «conciencia» una manifestación del cuerpo, una actividad también corpórea, propia del cuerpo viviente que es el hombre. De consiguiente, *monismo y materialismo*. Entre tantas necesidades humanas, existe también la religiosa (*Esencia del Cristianismo*), que es producto puramente humano; y, puesto que el hombre es un cuerpo consciente, aquella nace de necesidades corporales, vitales. Precisamente del hecho de que no pueda el hombre satisfacer todas sus necesidades, o sea, por no poder librarse de la necesidad de la necesidad. Entonces él imagina un Ser, sin necesidades, plenitud absoluta al que nada le falta. Este Ser, a quien llama Dios, no es mas que la proyección de lo que el hombre quisiera ser. La Teología es una parte de la Antropología: el hombre atribuye a un Ser (producto suyo) aquellos valores que él quisiera realizar, lo considera existente y lo adora como Dios. Así nace la *enajenación religiosa*.

De esto se sigue que: a) el momento religioso está condicionado por la situación histórica transitoria del hombre o de una sociedad y dura hasta el momento en que realizada la evolución social, el hombre o la sociedad han alcanzado aquel grado de perfección que ahora hipostatizan y entifican imaginando un Dios; b) cuando el ideal se vuelve real, esto es, cuando el hombre o la sociedad satisfacen sus necesidades, cesa la enajenación y con ella la religión, ya que el hombre ha actuado en sí mismo aquel ideal de perfección que, al faltarle realidad, le hacía pensar en un Dios; c) de este modo el amor de la humanidad se sustituye al amor de Dios; la religión del Dios trascendente, usurpador de lo que al hombre pertenece, deja su sitio a la religión de la fraternidad humana.

Marx está en la línea de Feuerbach: la única estructura del proceso dialéctico de la historia es la de lo «económico» o «material», de la que la moral, la religión, etc., son superestructuras correspondientes a una situación social, producida por una particular estructura económica. En la sociedad capitalista la moral y la religión son superestructuras correspondientes a esta estructura (y por consiguiente son «burguesas») y sirven para ga-

rantizar los privilegios del capital contra el trabajo; en la «sociedad homogénea», desaparecidas las clases sociales y con ellas los privilegios, desaparecen las superestructuras; a través de la evolución histórica, en el momento en que cesa la enajenación económica (la enajenación de una parte del trabajo de un hombre por otro hombre que es su explotador) cesa asimismo la religiosa. De este modo, una vez realizado en la sociedad comunista aquel ideal de perfecta felicidad hipostatizado primeramente fuera de la historia y llamado Dios, se actúa una humanidad en la cual todos los hombres se han hermanado en el trabajo, sin explotaciones ni enajenaciones de ningún género, y sin tener ya en la mente aquel tiránico y fantástico ser que las sociedades todavía no evolucionadas, llamaban Dios y en el cual el hombre enajenaba su poder y todo cuanto le pertenece.

Esta es la tesis del humanismo ateo de tipo marxista, que vamos a impugnar desde *su interior*, como tesis filosófica, sin preocuparnos del problema práctico (que es político-económico) de la cuestión social, la cual continúa siendo un problema vivo, que puede ser resuelto desde un punto de vista no marxista, pero que es soluble (si la solución quiere ser justa y no el atropello de una clase social por otra) solamente fuera y en contra del marxismo.

* * *

El marxismo es una forma de historicismo absoluto y todo historicismo de este tipo es evolucionismo radical. De consiguiente no existen substancias que posean una esencia conservándose idéntica a sí misma (la esencia del hombre, p. e.) aún a través del devenir, sino que toda especie es como la hace la evolución natural o histórica y se transforma con la misma evolución: *la substancia no es una entidad ontológica, sino un producto histórico*. En el caso del marxismo, el hombre es un producto de la evolución histórica, que está determinada por la dialéctica de lo económico (materialismo dialéctico) y por consiguiente a cada situación histórica y a cada estructura económico-social corresponde un tipo de hombre: por otra parte, Marx añade que el proceso histórico se detiene con el advenimiento de la sociedad homogénea, en cuanto que, en este punto, la evolución alcanza su máxima perfección. Si esto es así, es necesario

decir que, en este momento, el hombre ya no llega a ser, no evoluciona, no *se hace*, sino que es y permanece idéntico a sí mismo. Pero entonces: a) el devenir (o la evolución) es temporal e histórico, en tanto que el ser es eterno y definitivo; b) vuelve a entrar por la ventana el concepto de substancia echado desconsiderada y violentamente por la puerta; c) ¿cómo puede haber una esencia inmutable (el ser) al término de la evolución, si no la hay tampoco en un principio?; d) si la evolución se detiene en un cierto momento y con ella el devenir histórico, la consecuencia es que la sociedad homogénea está fuera de la historia; por ello, el marxismo que es materialismo histórico o dialéctico, admite un momento no histórico en la historia, una eternidad (intemporal) en el tiempo. Todo esto carece de sentido lógico y de sentido común, que es además el buen sentido.

Marx deriva de Hegel y de Hegel acepta el proceso dialéctico aún cuando lo reduce a la sola dialéctica de las clases sociales y de las estructuras económicas. Por tanto también para Marx cada tesis engendra la antítesis en su seno (p. e. el capitalismo engendra inevitablemente el proletariado) y una y otra son concretas en la síntesis. Ahora bien, si la sociedad homogénea representa el último momento de la dialéctica, aquella resulta una tesis definitiva, sin antítesis, esto es, fuera y más allá de la misma dialéctica. Y en tal caso: o se renuncia al principio de que cada tesis es concreta y real en su relación dialéctica con la antítesis y con ello se renuncia al dialecticismo y al propio marxismo; o se acepta el principio y en tal caso la sociedad homogénea niega por un lado el dialecticismo y hace de él algo temporal y puramente instrumental, y por otra, resulta ser una tesis sin antítesis (fuera de la relación dialéctica) y, como tal, en términos de correcto hegelianismo, absoluta e irreal.

Regalamos sin embargo a Marx estas objeciones igualmente fundamentales, que no valen sólo contra el marxismo, sino también contra toda otra forma de historicismo (p. e. contra el mismo Hegel) que, en cuanto tal, es negación de la historia y de todos los valores humanos; y vamos a poner en evidencia el antihumanismo de su (y el de cualquiera) humanismo ateo.

Para que sea concebible que en la sociedad homogénea el hombre deje de pensar en Dios y no tenga lugar la enajenación religiosa, es necesario admitir su insuficiencia absoluta, no sólo

en el sentido de la liberación de las necesidades económicas y naturales, sino aún en el de la liberación de toda necesidad. Es preciso, en otros términos, llegar a la conclusión de que el hombre, en el máximo de su evolución, no experimentará ya dolores físicos o morales, no padecerá con el tedio o con el cansancio espiritual, no sufrirá dudas ni tormentos interiores, no morirá. Mientras el hombre sienta una sola de estas flaquezas o insuficiencias, tendrá conciencia de no haber él realizado aquel ideal de perfección al que llama Dios, y la enajenación religiosa estará presente incluso en la sociedad homogénea, *sin ser ya explicable como superestructura a la manera marxista*. Por amor a una tesis absurda, no le queda al marxismo más remedio que precipitarse en la conclusión extrema: el *hombre nuevo* de la sociedad homogénea estará libre de necesidad y, por consiguiente, aún de todo dolor y de la misma muerte. Pero un hombre semejante no es ya un hombre, es un ser desconocido; en efecto, ello significa simplemente que aquel viviente que hoy llamamos hombre, evolucionará hasta el punto de llegar a ser aquel ente que hoy llamamos Dios. Pero si se hace Dios, dejará de ser hombre; por consiguiente, el advenimiento del humanismo ateo se resuelve en la negación del hombre y de lo humano. Nietzsche lo comprendió a la perfección; concibió, en efecto, a su «superhombre» (expresión de la forma moral del humanismo ateo) como la negación de lo humano en el hombre, como un más allá del hombre y de lo humano.

El teórico del marxismo sabe enfrentarse con el absurdo y trata de burlar las objeciones. He ahí su réplica: el hombre nuevo o marxista será susceptible de dolores morales e incluso morirá, pero dadas las nuevas condiciones en que se encontrará la sociedad homogénea, en la que todas sus necesidades materiales estarán satisfechas, el hombre nuevo perderá la conciencia de estas insuficiencias suyas. Excelente. Pero si pierde la conciencia, dejará de ser hombre, porque precisamente, según la definición de Feuerbach, aquel cuerpo viviente que es el hombre, es el cuerpo de un hombre en cuanto es también consciente. Y entonces, una de dos: o en la sociedad homogénea el hombre evolucionará hasta hacerse un felicísimo inmortal, y será un Dios; o evolucionará (sic) hasta perder la conciencia de sus ineliminables insuficiencias, y será un bruto; en uno y otro

caso —Dios o bruto— dejará de ser hombre. Y con esto queda demostrado que el humanismo ateo es un antihumanismo, o sea la negación del hombre como tal.

Concluyamos indicando dos nuevos errores, que son propios del humanismo ateo en cuanto tal (marxista y no marxista): a) hacer de la religión una superestructura de la economía, de la filosofía o de la moral, etc., siendo así que la religión es propia del hombre en cuanto hombre; b) comprender de modo enteramente torcido (por malicia o ignorancia) el sentido de la religión cristiana: el Dios, revelado por Cristo, es amor y no tiranía, Padre y no usurpador: El no niega al hombre, antes lo eleva a un sentido sobrenatural; por consiguiente, al adorarle, el hombre no enajena en El su humanidad, la dota de poderes. En efecto, sucede precisamente lo contrario: el hombre es más hombre cuanto más es de Dios. En cambio, quien diviniza al hombre, niega al hombre, en cuanto enajena al hombre del hombre y hace de él un monstruo, un ser inhumano: lo hace salir de sí mismo y lo anonada.

MICHELE FEDERICO SCIACCA.

Traductor: ALFREDO BADIA.